

Aurelio Baig Baños

Un «lobo de mar» de Blasco Ibáñez fue verdadero paladín de carne y hueso

(*Nuevo Mundo*, 24-8-1928)

Vedlo. Es el señorón que aquí os presento en este magnífico retrato que tengo en mi poder desde que nació.

Contempladlo. Era de tez bronceada y de aspecto hercúleo. Despojarlo de su levita de corte elegante, de su chaleco de terciopelo, de su camisa nítida, de su corbata de seda, de su sombrero de copa flamante, del espléndido solitario que brilla en su dedo meñique, de la larga y gruesa cadena de oro macizo que en el soberbio dije lleva estampado el sello de su corona del marquesado de Viñes...



No bien le despojéis de esta moderna indumentaria, le veréis cubierto con el casco del Cid Campeador y con la férrea armadura del

caballero sin tacha y sin miedo. Y si le miráis al semblante, en plena madurez, sin una arruga, solo con varias hebras de plata que pretenden nimbar sus sienes como nivea espuma de los mares a quienes hizo esclavos de su pericia, intrepidez, audacia y frialdad de ánimo, se os representará con el tridente del dios Neptuno y cubierto de pies a cabeza con todas las flores fragantes del vergel valenciano, en que viera la luz primera... Ésa mirada escrutadora de hombres y horizontes, esa boca que no logra fruncir las borrascas espantosas de sus últimos días, revelan la firmeza de aquel carácter digno de ser un verdadero paladín de los mares y que descalzó, sin violencia alguna, su guante blanco para lanzárselo como reto perenne al monstruo de los abismos del agua salada.

Nada pudieron contra don Eugenio Viñes, que tal era el nombre de nuestro héroe, las furias oceánicas, ni las rocas y escollos adonde van a estrellarse todos los atlantes del mundo. Más que de carne y hueso fue un cerebro de titán y unos nervios de dinamita, que supo preservar de extemporáneas explosiones.

¡Fue capitán negrero! ¡Burló y escarneció la persecución de naves inglesas! ¡Oyó silbar en sus oídos andanadas de cañonazos impotentes! ¡Su cabeza estuvo puesta a precio! ¡Sus enemigos, por cogerlo vivo, hubieran dado una fortuna! ¡En alta mar mató a un traidor! ¡Apostó uno contra ciento a que nunca le cogerían! ¡Dio banquetes suntuosos a las autoridades cubanas y británicas antes de levar anclas, en la bahía de La Habana, muy de madrugada! ¡Jamás le intimidó el ceño del capitán general, ni la voz de metralla del Castillo del Morro! ¡Para don Eugenio Viñes era cosa de juego infantil ir y retornar de las costas de Guinea con su cargamento de carne humana como el ébano!

Convenimos que la trata de negros era el mayor desdoro para la civilización española. Fue incalificable martirio el de la esclavitud de que fueron raudos testigos ranchos, ingenios, cafetales y poblados antillanos. Sin embargo de esto, ¿qué trato mejor hubieran tenido, como prisioneros de guerra, en poder de los caníbales y antropófagos de su propia raza? El oro del capitán negrero, que era un ídolo para sus camaradas, enjugó lágrimas, sembró beneficios a manos llenas y aportó a las cargas nacionales ríos y ríos de cuantiosos donativos.

Algunos cubanos y peninsulares, sin riesgo directo o indirecto, se enriquecieron como Cresos, sin igualarle a don Eugenio Viñes en

esplendidez principesca. El que fue más magnánimo mandó a estudiar a la Sorbona de París a esclavos de imaginación vivaz y despierta. Él, que fue más inicuo y avaricioso cuadruplicó y quintuplicó con hijos mulatos el número crecido de esclavos, de uno y otro sexo, que algunos visitantes acariciaban juzgando que fueran los hijos blancos.

Toda Valencia le veneraba a don Eugenio Viñes. Allí, en el Cabañal, pasó sus años postreros. Blasco Ibáñez lo conoció como lo conocimos nosotros. Con el nombre del capitán Llovet infiltró varias de las sensaciones turbulentas del viejo marino en «Lobos de mar». ¿Hizo una joyita de arte? ¿Lo retrató bien?

La semblanza es tétrica y despiadada. Le presenta gruñón y echando ternos con el reuma; como un *gitano* del mar, capaz de las manipulaciones más sutiles por esquivar la persecución de que fue objeto y de un realismo inhumano. La pluma del genial artífice, rica en colorido, lo moldea con cieno, y, cuando este le falta, ensombrece con sarcasmos sociales la figura del negrero, incapaz de irradiar, entre los contratos de su vida azarosa primera y sus servicios marinos nacionales posteriores, de largos años, ningún acto laudatorio. Después de cuarenta años de navegación le presenta retirado de los «negocios». Aun cuando así hubiera sido, ¿a qué méritos atendieron los gobernantes de España para otorgarle nobles blasones?

Todos los rasgos característicos del capitán Llovet concurren fielmente en don Eugenio. De vivir el autor de *La araña negra*, no hubiese rechazado la identificación de entrambos personajes: el real y el imaginario. Ved cómo retrata a este Blasco Ibáñez y convendréis que, salvando los estragos del tiempo, es todo don Eugenio: «Alto, musculoso, con el vientre hinchado y caído sobre las piernas, la cara bronceada por el sol y cuidadosamente afeitada, el capitán parecía un cura en vacaciones, tranquilo y bonachón», sentado «bajo el toldo de listada lona que sombreaba la puerta de su casa».

Este *cura apacible* ya había perdido todos menos uno de sus barcos. ¡Aquellos barcos que eran su orgullo! ¡Aquellos veleros que, por juzgarlos indestructibles, no tenía asegurados! ¡Aquellos tesoros que, a lo menos, sumaban cuatro millones de pesetas! ¡Nunca le oímos condolerse de su ruina! ¡No obstante sus años y achaques, mantenía gran vigor en su cerebro para oponerse al total derrumbamiento de su fortuna!

Aquellos ojazos «grises, de mirada fija e imperativa», no justificaban la leyenda que envolvía su nombre lúgubrementemente; eran la última reconcentración de la indomable energía de aquel moderno Ulises, que procuraba contrarrestar la fiera pujanza del mar con impotentes bríos...

El líquido elemento, como decían los antiguos, seguía siendo su hechizo, como era el nuestro de niños. Su casa estaba frente al mar. Con hermosos pimientos colorados nos hacía unos farolillos de múltiples calados arabescos, que paseábamos ufanos varios niños por la playa. En noches oscuras, nuestras tenues lucecitas eran los faros casi invisibles de los humildes marinos que pescaban con redes en alta mar. Varios de nuestros antepasados salieron de otra playa para no volver más. Un hermano marino de nuestro padre, mi tío Enrique, muerto en Veracruz el 7 de julio de 1920, ¡qué de intimidades hubiera podido narrar de las travesías que hizo con don Eugenio hasta ser nombrado por este capitán de la marina mercante española! En la sepultura de nuestro tío figura, como una cruz, el ánora representativa de tan arriesgada profesión.

Al final de la novela corta, Blasco Ibáñez hace una brusca transición y exalta al capitán Llovet con la aureola, que no le concede conquistar, de la mayor abnegación. El mar está imponente. La tempestad, con olas como montañas y con relámpagos pavorosos, zarandea trágicamente un barco sin timón ni arboladura. Los naufragos, con roncas bocinas piden auxilio...

El genial novelista calla que esa hazaña de velar en auxilio de tan terrible aflicción había sido ejecutada muchas veces por don Eugenio como por artes mágicas. Entonces podía hacerlo; ahora ni él, ni sus viejos camaradas pueden arrastrar las barcas, ni empuñar los remos. Increpan en vano. Los familiares empujan hacia sus hogares a los *lobos de mar*. Él, derramando lágrimas, tiene que declararse vencido en lucha titánica.

Pero el naufragio fue el suyo. ¡Qué página tan conmovedora hubiera cincelado Blasco Ibáñez con la catástrofe de sus barcos, de los seres queridos que cerraron los ojos del paladín de los mares! Sirva de eterna siempreviva, con nuestro recuerdo, esta estrofa de Núñez de Arce:

«Hondas borrascas, sordas tempestades

conmueven la razón y el Océano;
solo que ruge el mar cuando batalla,
y el pensamiento en sus tormentas calla».